



AÑO I

SEGUNDA ÉPOCA

NÚMERO 2

Agrupación Excursionista de Granollers

Adherida a la "Federación de Montañismo y Esquí de los Pirineos Orientales"

AVENIDA GENERALÍSIMO FRANCO, 73, 1.º

AGOSTO : MCMXL

Oración sentimental

Decía el pastor, contaba:

—Era como una sonrisa de fe, como un canto de la piedad de nuestro pueblo.

Vosotros la conociais. Allí, cerca de la cumbre, se erguía, humilde y silenciosa, acogedora y dulce, perfumada de cielo y de claveles silvestres...

Cada año, en procesión — gracia, color, alegría, — las gentes de la aldea subían a visitar el Santo, a ofrecerle presentes, a decirle sus oraciones, sus ansias, a rogarle que extendiera sobre sus casitas el divino manto de su protección.

Después, el aire se llenaba de gozos y voces y risas y suspiros de guitarra...

Aquella tarde, los salvajes profanaron el sagrado silencio de la ermita y ultrajaron sus viejas piedras y arrancaron de su torre la voz augusta de la campana; aquella voz tan grata al oído, aquella voz que caía dentro de los pechos como una caricia de rosas y sedas. La arrancaron y la arrojaron peñas abajo entre un revuelo de lamentos y quejas y lágrimas de bronce...

Cuando el crepúsculo empezaba a extender sus alas rosa sobre el valle, la noble voz acabó su llanto dulcemente, al pie de un castaño antiguo, cerca del río pequeño y travieso.

Y el viejo pastor, la voz temblorosa, los ojos nublados, acaba:

— Fué tristemente conmovedor.

Vieja ermita desgarrada, nosotros también sentimos toda la tristeza que emana de tus nobles piedras. A nuestro paso por los bosques verdes, por las cimas altas, delante la visión de tus ruinas, vivimos también toda la añoranza del ayer lejano:

Cuando el odio injusto de unos foragidos no había deshecho tus piedras sagradas.

Cuando tu graciosa figura se ofrecía a nuestros ojos ávidos de belleza, esbelta, pura de líneas, entre los peñascos de una cima agreste, en algún romántico recodo de camino, dentro el perfume y la sombra de algún valle verde.

Cuando el amparo de tus paredes nos unguía el alma y el espíritu de bondad y de agradecimiento.

Cuando nuestros cuerpos hallaban reposo debajo el ciprés que se erguía a tu puerta.

Cuando de la humilde casita del lado salía a recibirnos aquel viejo rector de palabra afable, quien tenía un álbum grande y polvoriento repleto de firmas (la nuestra entre ellas), y sabía cosas de extrañas leyendas de aquellos lugares...

Quiera Dios que pronto vuelva todo esto; que las ermitas caídas vuelvan a elevarse, fuertemente cimentadas con la fe de todos; que vuelvan a enriquecer y a dulcificar el paisaje con la simpatía de su gracia santa; y que nosotros, los montañeros, —catadores insociables de claridades y paisajes—, podamos encontrar de nuevo la alegría de su presencia entre los peñascos de una cima agreste, en algún romántico recodo de camino, dentro el perfume y la sombra de algún valle verde...

J. LL.